



OBRA DE
EÇA DE
QUEIROZ

NOTAS
COM
TEMPO
RAZAS

TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D
FONDO
RODRIGO DE LLANO

1926
E 3
N 67

de en la memoria de aquellos días confusos y llenos de acontecimientos, tanto más cuanto que las fiestas de Suez están para mí entre los grandes recuerdos: el Cairo y Jerusalén; están ahogadas, opacadas por estas dos luminosas y poderosas impresiones; están como puede estar un dibujo líneo a lápiz entre un lienzo resplandeciente de Decamat, el pintor del Alcorán, y

DE PORT-SAÏD A SUEZ (1)
(Carta sobre la inauguración del Canal de Suez.)

Señor Redactor:

Accedo con la mejor voluntad a su deseo de que le escriba la historia *real* de las fiestas de Suez. Cuéntole, con todo, sencilla y descarnadamente, lo que me que-

(1) En noviembre de 1869 partió Eça de Queiroz para Tierra Santa con su gran amigo el Conde de Rezende, hidalgo alocado y simpático, especie de Byron disminuido—y sin el don de la poesía—, pero con el orgullo de un lord, por ser de prosapia nobilísima y tener el título de gran Almirante de Portugal. Era un mozo fuerte, recio y con un perfil de medalla antigua; amaba el peligro, las grandes cacerías de osos y tigres en el desierto, y soñaba con realizar formidables aventuras en Egipto y en Palestina. Probablemente pensaba recorrer el desierto de Sahara a caballo. Asombra pensar lo que sufriría el pobre Eça de Queiroz con este compañero de viaje—que había de ser su cuñado diez y siete años más tarde—; él, tan sedentario en su vida, tan débil físicamente, con tan pocas disposiciones para el atletismo y la gimnástica. El mismo se confiesa tan flojo, que los pesos que levantaba Anthero de Quental le hacían crujir a él. (Véase el artículo *Anthero de Quental* en NOTAS CONTEMPORÁNEAS, 2.^a edição; Porto, 1913.) Ramalho Ortigão dedica un bellísimo artículo de evocación y

EÇA DE QUEIROZ

dó en la memoria de aquellos días confusos y llenos de acontecimientos, tanto más cuanto que las fiestas de Suez están para mí entre dos grandes recordaciones: el Cairo y Jerusalén; están ahogadas, obscurecidas por estas dos luminosas y poderosas impresiones; están como puede estar un dibujo lineal a lápiz entre un lienzo resplandeciente de Decamps, el pintor del Alcorán, y

necrología al Conde de Rezende, del cual dice: "Reunía en muy alto grado todas las condiciones que dan el brillo, la dominación, el prestigio... Por su nacimiento era conde, par del reino, almirante de Portugal. Por sí tenía un talento superior, la más alta distinción de figura y de maneras, una instrucción variadísima, un gran aire frío y correcto, ligeramentemente irónico... Amaba las aventuras arriscadas, las fascinaciones del peligro, se complacía en aventurar indiferentemente su fortuna o su vida en lances frecuentes y oscuros—sin galería—para su mero recreo personal, con un desdén altivo, imperturbable. El primer compañero del mundo para acampar en el desierto, para matar los chacales a quemarropa, para enterrar las espuelas en un caballo árabe, lanzado a rienda suelta en la planicie infinita." (*As Farpas*, tomo IV). Véase lo que sobre este estupendo *fidalgó* escribe, en una reciente biografía de Eça de Queiroz, Antonio Cabral: "Era éste un gentil rapaz de rara distinción, par del reino, hidalgo de la más pura estirpe, instruído, mirado con admiración y envidia por los que le veían arriesgado, le consideraban indiferente al peligro y le conocían las afamadas aventuras y las muchachadas que hicieron época." (*Eça de Queiroz*, primera parte, III, página 105; Lisboa, 1916.) En compañía de este alegre mozo salió Eça para Palestina, con este itinerario: España, desde Cádiz a Malta, y desde allá, a Egipto. Ya en este segundo párrafo de su crónica de viaje a Suez encontramos una expresión del deseo que tenía de contar la realidad cruda de su visión de Jerusalén y del resto de Tierra Santa. Compárese este párrafo con el párrafo prefatorio de *A Reliquia*. Estuvieron por allá tres o cuatro meses; en 1 de diciembre de 1869 estaban los dos amigos en la vieja Sión, en el *Mediterranean-Hotel*, donde Eça fecha el artículo *A morte de Jesús*, que es como un boceto de la parte evocativa y arqueológica de *A Reliquia*, y que cierra con broche gentil el volumen de *Prosas bárbaras*, próximo a ser traducido de nuevo por mí y editado por la *Biblioteca Nueva*.
Nota del Traductor.

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

un lienzo mortuorio de Delaroche, el pintor del Evangelio.

Tal vez en breve diga lo que es el Cairo y lo que es Jerusalén en su cruda y positiva realidad, si Dios quiere que escriba lo que vi en la tierra de sus Profetas. Hoy le hago sólo la narración trivial, el informe escueto de las fiestas de Port-Said, Ismailia y Suez...

... Habíamos vuelto mi compañero, el Conde de Rezende, y yo de una excursión a las Pirámides de Gizeh, a los templos de Sakkarah y a las ruinas de Menfis, cuando en el Cairo supimos que estaban en la bahía de Alejandría los navíos del Khedive que debían llevarnos a Port-Said y a Suez.

Veníamos del sosiego del desierto y de las ruinas, y en seguida, en la estación del Cairo, al partir para Alejandría, comenzamos a envolvernos, bien a disgusto, en aquella confusión irritante que fué el mayor elemento de todas las fiestas de Suez. La previsora penetración de la policía egipcia había olvidado que trescientos convidados, aunque no tengan la corpulencia tradicional de los bajás y de los visires, no pueden caber en veinte asientos de vagones, estrechos como banquillos de reos. Por eso en derredor de los departamentos había una multitud ávida, como en las afueras de una ciudad...

Jonas Alí, nuestro *drogman*, un nubio, intrigó, conspiró, clamó y nos logró, en un departamento de segunda clase, miserablemente ruinoso, dos sitios llenos de polvo. Confieso que me entró un gran tedio al comenzar a atravesar la magnífica naturaleza del Delta. Además, los caminos de hierro egipcios no tienen una velocidad fija. Van a capricho del maquinista, que, de vez en cuando, detiene la máquina, se apea, enciende la pipa, se ríe con algún antiguo conocido del camino, bebe

descansadamente su café, vuelve a subir bostezando y hace partir el tren distraidamente. Sin embargo, en ese día el cielo estaba nublado y lluvioso; quizá por eso el maquinista nos condujo rápidamente a Alejandría. En la bahía esperaban el *Masrh*, el *Fayoum* y el *Behera*, buques del Bajá. El embarque realizóse con la confusión habitual, complicada con las molestias de un mar agitado; los barcos iban llenos de gente, unos de pie, otros sentados en la borda, rozándose con el agua; otros equilibrados gravemente sobre la acumulación pintoresca de los equipajes; se reía, se tronaba contra la organización y la policía de las fiestas, se gritaba un poco cuando los barcos pesados oscilaban más inquietadoramente. Subimos al *Fayoum*, que debía levar anclas aquella tarde, a pesar del tiempo contrario y de la marejada que veíamos chocar a lo lejos en la línea de rocas que precede a la bahía de Alejandría. Y al otro día, en una bella mañana, entrábamos en Port-Saïd, entre los dos grandes muelles que avanzan en el mar paralelamente, hechos de poderosos bloques de piedra. Port-Saïd es una ciudad improvisada en el desierto. Es una ciudad de industria y de obreros: fraguas, aserraderos, almacenes de materiales de construcción y de aparatos destiladores. Su construcción fué determinada por la necesidad de tener un enorme puerto, que fuese una estación de buques, a la entrada del canal, y primitivamente para que tuviesen un centro de reunión ingenieros, maquinistas, maestros de obras. Esto le da un aspecto de ciudad provisional. Como había espacio, las calles son anchas como plazas y largas como avenidas; las casas son bajas, de materiales ligeros; se advierte la construcción rápida y la incertidumbre de la duración. A pesar de sus 12.000 habitantes, no hay todavía un vivir definitivo y regular. No hay establecimientos instalados con esperanza de

duración; no hay comercio fijamente establecido; todo tiene el aspecto de una feria que hoy gana y se anima y mañana se levanta y se dispersa. Y esto es porque, a pesar de la confianza de toda la población en la prosperidad del canal, ninguna profesión, ningún negocio quiere arriesgarse a establecerse de un modo definitivo, corriendo el peligro de ver aquel comienzo de ciudad *depauperarse* (1) y morir lamentablemente. Porque tal sería la suerte de Port-Saïd, así como de Ismailia, si el canal fuese una inutilidad, abandonado del comercio y de la navegación.

Su construcción se resiente, pues, de estas circunstancias: ni edificios, ni monumentos, ni habitaciones sólidas y serias; todo es ligero, barato, temporal. La iglesia católica es como una gran barraca; se ve el cielo azul a través de su techo, formado de grandes vigas mal unidas. De ahí el aspecto triste de Port-Saïd. Al fin de las fiestas, poco después, cuando volví a pasar por allí, en viaje para Jerusalén, me pareció, por la apatía de vida, por el silencio, que el desierto comenzaba de nuevo a aparecer entre aquella débil apariencia de ciudad...

Mas en aquel día 17, día de la inauguración, Port-Saïd, lleno de gente, cubierto de banderas, ruidoso de cañonazos y de *hurrahs* de la marinería, teniendo en su puerto las escuadras de Europa, lleno de flámulas, de arcos, de flores, de músicas, de cafés improvisados, de barracas de campamento, de uniformes, tenía un magnífico y vigoroso aspecto de vida. La bahía de Port-Saïd estaba triunfante. Era el primer día de fiestas. Es-

(1) *Estiolar-se* es un neologismo portugués, tomado del verbo francés *s'étioler*, que no tiene traducción exacta en castellano sino en esa locución verbal: depauperarse, consumirse, agostarse.—N. del T.

taban allí las escuadras francesas de Levante, la escuadra italiana, los navíos suecos, holandeses, alemanes y rusos, los *yachts* de los príncipes, los vapores egipcios, la flota del bajá, las fragatas españolas; *L'Aigle* con la Emperatriz Eugenia; el *Mamoudeb* con el Khedive, y buques con todas las insignias de la realeza, desde el Emperador cristianísimo Francisco José hasta el *kaid* árabe Abd-el-Kader. Las salvas hacían el aire sonoro. En todos los navíos, empavesados y llenos de pabellones, la marinería, perfilada en las vergas, saludaba con enormes *hurrahs*. De todas las cubiertas venía el ruido vivo de las músicas militares. El azul de la bahía estaba cruzado en todos los sentidos por lanchas de remo, de vapor, de vela; buques-almirantes con sus pabellones, oficialidades resplandecientes de uniformes, gordos funcionarios turcos fatigados y apopléticos, viajeros con los sombreros cubiertos de velos y de *couffiés* (1) se cruzaban ruidosamente entre los grandes navíos anclados; las barcas decrepitas de los árabes, apiñadas de turbantes, abrían sus amplias velas estriadas de azul. Sobre todo esto, el cielo de Egipto, de un color y de una profundidad infinita. A la noche, la ciudad iluminábase y henchíase con músicas y fiestas populares. Las escuadras tenían sus cordajes y sus mástiles envueltos en hilos de luz. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, en una gran línea de tierra, daban sobre el cielo obscuro la sensación de un gran bordado luminoso...

En la bahía había un vivir completo, como en una

(1) Emplea aquí Eça de Queiroz esta palabra de corte francés y que, no obstante, no se encuentra en algunos Diccionarios; con ella trata de designar sin duda cestos o banastas que las egipcias llevan sobre la cabeza o sombreros de esa forma; sólo se encuentra en francés la palabra *couffe*, cesto, banasta, equivalente a nuestro *cofin*, con la misma significación.—N. del T.

ciudad: bailes a bordo de los navíos, comidas, visitas cambiadas, recepciones, paseos a remo, serenatas en las lanchas. De todo esto salía una luz, un ruido, un efluviado de vida poderosamente original. Había en Port-Said un café cantante, memorable por la excentricidad de su alegría; estaba tan lleno de gente, que era menester fumar, beber, oír de pie, sofocado, rígido. Cuando en el escenario aparecía la actriz para decir su canción, mil voces de aquella multitud inmensa, acompañadas del tintinear cadencioso de las copas, del batir de los pies, de los silbidos, de los alaridos, de los gritos, repetían con estruendo asombroso la canción conocida de la actriz. Era bestial y extraordinario.

En el día siguiente al de la llegada, bajamos todos a tierra para la ceremonia de la inauguración. Del lado opuesto a los muelles, más allá de la ciudad, se habían construido tres pabellones, estrados alfombrados y blasonados, sobre la arena húmeda de la espuma del mar. Era en ese lugar la fiesta religiosa; los *ulemas* y los sacerdotes cristianos debían bendecir y consagrar en sus ritos el canal de Suez... Un gran cortejo de invitados, precedidos de los príncipes, entre los cuales sobresalía Abd-el-Kader, con su pensativa y bella figura, dirigióse a ese sitio, en medio de dos hileras de soldados egipcios, de arcos, de banderas, de árabes que abrían mucho los ojos. En el pabellón circular, de colores triunfantes, se colocaron los invitados de estirpe real e imperial y los demás que podían caber; en otro pabellón estaban los *ulemas* mahometanos; en el tercero, los sacerdotes latinos, griegos, armenios y coptos...

Quando todos hubieron ocupado sus sitios y el gran rumor de la llegada se sosegó, los *ulemas* se postraron vueltos hacia el lado de la Meca, los clérigos cristianos comenzaron la misa y las escuadras hicieron salvas de

artillería. Entre tanto, la multitud apiñábase sobre la arena húmeda y en derredor de los estrados; la gruesa figura roja del Khedive estaba radiante; la Emperatriz tenía un aire de satisfacción discreta; el Sr. De Lesseps mostraba su bella e inteligente sonrisa. En derredor y hasta el hondo horizonte, el mar sereno rebrillaba... Cuando cesó la artillería se adelantó Mr. Bauer a la orilla del estrado, y habló. Mr. Bauer es un hombre bajo, pálido, de cara femenina y ancha, cabellos colgantes en bucles sobre los hombros, aseado, afeitado, perfumado, delicado y con una voz asombrosa. Lo que él decía eran palabras de fraternidad entre Oriente y Occidente, esperanzas de una Humanidad más unida por aquel vínculo marítimo, palabras afables a los invitados reales y recuerdos piadosos de los valientes trabajadores que durante aquella obra de lucha murieron obscuramente. Cuando pronunció el nombre de M. De Lesseps, toda la inmensa multitud batió palmas. Monsieur Bauer terminó, y el cortejo volvió a la playa y se dispersó por los navíos. Durante toda la noche, los fuegos de artificio, los clamores alegres de la ciudad, el ruido de las lanchas sobre el mar llenaron de vida la bahía.

Al otro día, los navíos comenzaron a moverse lentamente, volviendo la proa hacia un punto de la bahía de Port-Said, donde se erguían, como los dos umbrales de una puerta, dos obeliscos de madera, pintados de rojo. Era la entrada del canal de Suez.

II

Entre tanto corrían por los barcos extraños rumores. Decíase que el *Latife*, pequeño vapor que en la víspera había partido como explorador, encallara; que los na-

víos reales e imperiales, los vapores egipcios con los invitados, no podían pasar por la angostura del canal, y que, a pesar de ir alijados de su artillería y sin lastre, necesitaban más agua de lo que el canal tenía de fondo; que el Virrey y el Sr. De Lesseps habían marchado a ver el *Latife*; que se resolviera, en último caso, hacerle saltar; que las fiestas cesaban, y que todos regresaban a Alejandria, como en el tiempo de las derrotas de Actium (1).

En Port-Said, y a bordo de los buques, había inquietudes; los comisarios, las oficialidades, los ingenieros, interrogados, callábanse discretamente; esperaban órdenes de Ismailia, y temían. En efecto, el *Latife* estaba encallado. Esto, en primer lugar, demostraba la impracticabilidad del canal. El *Latife* es un vapor pequeño, estrecho, de poco calado, casi un remolcador... A más de eso, era un obstáculo material, brutal, para que los otros navíos hiciesen una tentativa audaz.

Decíase que el Virrey estaba desconsolado, que el Sr. De Lesseps había perdido su habitual impasibilidad y firmeza de espíritu, y que se telegrafara a París anunciando el desastroso resultado. Realmente, después de diez años de tantos esfuerzos y tantas luchas, tantos combates con el desierto y tantos combates con la intriga; después de tantos millones sorbidos por las arenas, de tantas vidas aniquiladas, de tantas fiestas anunciadas; después de la oratoria del Sr. Bauer y de las ovaciones al Sr. De Lesseps, era doloroso verlo acabar todo repentina y vergonzosamente, comprobar que en un canal hecho para la navegación no habían navíos, que

(1) *Actium*—que nosotros podemos traducir por Accio—es la antigua ciudad (con el promontorio del mismo nombre) del Epiro, donde Augusto venció a Antonio y Cleopatra. Hoy es Cabo Figalo.—N. del T.

aquello era una obra ridículamente grandiosa y que, en lugar de terminar todo en triunfos, todo terminaba en carcajadas!...

Estuvimos en estas incertidumbres parte del día. Esperábase al Virrey, que fué en una lanchita al canal a ver el desastre del *Latife*. Al fin, hacia el principio de la tarde, los buques comenzaron a moverse, las inquietudes acabaron; el Virrey regresaba; el *Latife* estaba desencallado; el *Aguila* seguía ya y la obra del Sr. De Lesseps comenzaba a justificarse.

El *Fayoum* penetró entonces valerosamente en el canal. El *Fayoum* era el mayor buque del cortejo. Marchaba con gran cuidado; en medio del canal, unas banderas blancas marcaban precisamente la línea que debían seguir los buques para encontrar la profundidad necesaria de agua. Manteníanse cuidadosamente a distancia; iban despacio, sondeando; había más cuidados y escrupulosos recelos que en la navegación por entre un laberinto de rocas. En realidad, el canal se nos aparecía estrecho, bajo, y a cada momento temíamos ver la proa de un navío ir a clavarse en las arenas de las márgenes elevadas. El canal, al salir de Port-Saïd, atraviesa el Mensaleh, antiguo lago fangoso. Veíamos en ambos lados del canal relucir al sol aquel agua muerta, densa, verdosa...

Esta fué la primera gran dificultad de los trabajos. Era necesario, en medio de aquel enorme lodazal, abrir un canal navegable y hacer márgenes. Las dificultades crecían con la insalubridad de aquellos lugares miasmáticos. Afortunadamente, al violento sol de Egipto, el lodo extraído y amontonado, a fin de formar las márgenes, secábase rápidamente. Empleáronse allí esfuerzos heroicos. Los obreros de Europa abandonaron aquel trabajo peligroso. Era necesario emplear a los

habitantes de las márgenes de aquel lago de cieno; éstos entraban hasta la cintura en el agua espesa, sacaban con las manos la mayor cantidad de lodo posible, lo apretaban al calor del pecho hasta secarlo, ibanlo amontonando en pequeños montículos, formando así el comienzo de las márgenes. Las dragas venían, por fin, y profundizaban y perfeccionaban aquel trabajo elemental.

Después del lago Mensaleh, el canal entra definitivamente en el desierto hasta el lago Timsah, a la orilla del cual está Ismailia. A mitad del camino de Ismailia, el *Fayoum* encalló en la arena de la margen derecha; se desembarrancó con grandes esfuerzos, y siguió; pero como a poco espacio encontrase el camino obstruido por otro navío que estaba encallado, soltó anclas durante la noche. Había una luna admirable, que iluminaba de un lado y de otro la extensión blanca del desierto. Aquel lugar donde estábamos parados había sido precisamente uno de los más difíciles del trabajo. Llamábase El-Guisr. Había allí enormes simas de arena, que era necesario remover. El viento del desierto incomodaba e impedía los trabajos. Vivían allí en trabajo incesante 18.000 obreros. De la tierra que se sacaba para hacer el lecho del canal se formaron a un lado y a otro enormes parapetos; a medida que los parapetos crecían, más difícil era echarles encima la tierra que se sacaba; los árabes la llevaban, rodando, cayendo, en cestos llamados *couffins* (1); negábanse obstinadamente a emplear cualquier otro medio moderno y eficaz, para llevar la tierra, que no fuese el *couffin*. Calcúlase que todos los cestos empleados, puestos en fila, darían tres veces la

(1) Aquí la palabra *couffin*—que acaso está corrompida en otro pasaje por una errata no corregida en ninguna edición de NOTAS CONTEMPORÁNEAS—designa claramente cesto, banasta, y tiene equivalente a nuestro *cofin*.—N. del T.